

CAPÍTULO SEXTO
ANDRÉS ORTEGA. LA SEGURIDAD POSMODERNA

ANDRÉS ORTEGA. LA SEGURIDAD POSMODERNA

POR VICENTE HUESO GARCÍA

Andrés Ortega nació en Madrid en 1954, estudió el Bachillerato en el Liceo Francés de Madrid, se licenció en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid, y es Master en Relaciones Internacionales por la London School of Economics (LSE) donde estudió con una beca de la Fundación March.

De 1980 a 1988 trabajó en el periódico "El país", como corresponsal en Londres (1980-1982), en Bruselas (1983-1986) y de Relaciones Internacionales (1987-1988). De 1996 a 1999 fue también Director del Servicio de Estudios del Grupo Prisa.

Desde 1994 hasta 1996 fue Director General del Departamento de Estudios del Gabinete de la Presidencia del Gobierno, donde había sido asesor desde la creación de esa unidad en 1990. Anteriormente, en 1989, había desempeñado el cargo de asesor ejecutivo del Ministro de Asuntos Exteriores Francisco Fernández Ordóñez.

Andrés Ortega es editorialista y columnista del periódico "El país". Es Director del Círculo de Debates (Grupo Prisa y Círculo de Bellas Artes de Madrid) y miembro del Patronato de la Fundación José Ortega y Gasset; miembro de la Junta de ACNUR-España, y Director de la Fundación Conferencia Anual Francisco Fernández Ordóñez.

Ha publicado numerosos artículos en prensa y en órganos especializados españoles y extranjeros sobre integración europea, seguridad y relaciones internacionales. Es autor de tres libros, "*El purgatorio de la OTAN*" (Madrid 1986), "*La Razón de Europa*" (Madrid 1994) y "*Horizontes cercanos: Guía para un mundo en cambio*" (Madrid 2000).

INTRODUCCIÓN

En un mundo cada vez más interdependiente, lo exterior tiene una influencia creciente en lo interior a la hora de configurar cualquier tipo de política con independencia de la comunidad a la que se haga referencia. Esta afirmación general no es una excepción en el caso de España. Sin embargo, la información exterior no prima, pese a que es donde España se juega mucho. En una encuesta realizada a petición del Ministerio de Defensa en 1998, se indicaba que sólo el 26% de los españoles seguía los asuntos de política internacional en los medios de comunicación social.

Andrés Ortega cree que hay un importante déficit de centros de investigación y dedicación universitaria a los temas de política exterior, relaciones internacionales y seguridad, aunque se haya progresado algo en los últimos años. Posiblemente, esa falta de conciencia internacional es fruto de una carencia de cultura internacional. Esta anomalía es extrapolable al campo de la seguridad y la defensa.

En los últimos años se están llevando a cabo en España diferentes políticas tendentes a crear una conciencia de defensa por medio de una cultura de defensa, es decir, a través del conocimiento de estos temas. Gran parte de su éxito dependerá de que se sea capaz de transmitir a los ciudadanos que una sociedad internacional globalizada exige también respuestas globales a los diferentes desafíos incluidos los riesgos y las amenazas. Por eso, hoy más que antaño, la seguridad y la defensa están estrechamente unidas a lo exterior, sin olvidar lo interior.

Por otro lado, desde el final de la Guerra Fría, el concepto de seguridad ha ido evolucionando, como se apuntaba en la Conferencia organizada por Naciones Unidas sobre la relación entre desarme y desarrollo en 1987 al señalar que, "..... la seguridad tiene no sólo aspectos militares, sino también aspectos económicos, sociales, humanitarios y de derechos humanos y ecológicos". En este mismo sentido se expresa Buzan al identificar cinco dimensiones de la seguridad: militar, política económica, social y medioambiental.

Actualmente para conocer, comprender y, posteriormente, apoyar o rechazar las políticas de seguridad que llevan a cabo los Estados en un ambiente multinacional, se requiere conocer los parámetros en los que se desenvuelve la seguridad en el contexto de las relaciones internacionales. Lógicamente, la formación de esa "cultura de seguridad" exige que aquellos que son etiquetados como líderes de opinión, dispongan de un basa-

mento lo suficientemente amplio en el campo de las relaciones internacionales, la seguridad y la defensa que les permita aprehender la realidad, analizarla e informar a sus seguidores, adeptos o simplemente lectores.

En España, ha existido, y todavía persiste, no sólo, como señala Ortega, un déficit de think tanks, sino también de personas especializadas en el campo de la seguridad y la defensa con capacidad de crear corrientes de opinión y esta carencia ha sido fundamentalmente significativa en los medios de comunicación. Al menos esos medios no han dispuestos de especialistas que profundizaran sobre estos temas en la misma medida que lo hacen sus homólogos de la prensa escrita de los países de nuestro entorno.

En este sentido, Víctor Pérez-Díaz, al analizar el debate público sobre la posición de España en el mundo, observa una cierta inmadurez de la opinión pública española en lo relativo a política exterior y, especialmente, en lo referente a los temas de seguridad y defensa. Considera que los medios de comunicación tienen un importante papel que jugar como responsables del deber cívico de transmitir una información equilibrada y permitir a las gentes hacerse un juicio sobre la realidad. Este pensador señala:

Si se pretende realmente que, en esta materia (política de defensa y exterior), España tenga una voz razonada e influyente en el concierto de las naciones, y en especial en la comunidad euro-atlántica a la que pertenece, habría que atender, por tanto, a dos asuntos relacionados entre sí. Por un lado habría que fomentar el desarrollo de una comunidad de conversación sobre la materia.... Por otro, habría que hacer lo posible por que se desarrollara una opinión pública madura y capaz de seguir esa conversación (1).

Finalmente, considera que eso todavía no es posible porque existe un déficit de deliberación pública relacionado con un déficit de información y con un déficit percibido de información suficientemente equilibrada y razonada.

En este monográfico sobre la seguridad y defensa en los medios de comunicación social, el autor español que reúne todos los requisitos para estudiar su obra publicada, tanto en la prensa escrita como en sus libros, es Andrés Ortega. Este politólogo, desde el inicio de su carrera, ha dirigido su esfuerzo intelectual y profesional hacia el campo de las relaciones

(1) PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR y varios autores, "La sociedad española ante la Defensa y los conflictos internacionales", Fundación por la Modernización de España, Madrid, 2001, pag 28 y ss.

internacionales, la seguridad y la defensa, bien como corresponsal de prensa y asesor en la Presidencia del Gobierno y en el Ministerio de Asuntos Exteriores, o bien como columnista y editorialista.

Los líderes de opinión de los medios de comunicación reúnen unas peculiaridades que los diferencian de los pensadores o investigadores de la realidad social. Los segundos trabajan esencialmente por comprender la sociedad de una manera disciplinada y con un interés primordialmente teórico. Por medio de las reglas del saber científico aprehenden la realidad, descubren las leyes que gobiernan las interacciones sociales y, posteriormente, elaboran sus tesis. Este proceso requiere tiempo, por eso no están, o no deben estar, sujetos a restricciones temporales. Publican cuando tienen algo que comunicar, es decir, cuando han descubierto algo que es suficientemente significativo como para que el resto de la sociedad lo conozca.

Sin embargo, el trabajo de los formadores de opinión en los medios de comunicación está sometido a limitaciones de tiempo, pues habitualmente están comprometidos a enviar en un plazo determinado, al consejo de redacción del periódico, su columna y, además, la información en ella contenida tiene que ser de actualidad o al menos significativa desde el punto de vista informativo. Normalmente estas noticias versan sobre acontecimientos inacabados, próximos o incluso ya pasados, pero con claras implicaciones en el corto plazo.

Además, el escritor de prensa tiene que tener capacidad de conectar con los lectores para que durante unos minutos, ese lector se desconecte de todo aquello que le rodea y pueda tomar partido sobre determinados hechos o situaciones, pues así y sólo así se crea opinión. Finalmente, existe un problema añadido a la labor del columnista, los análisis que lleva a cabo exigen, en muchas ocasiones, valorar el futuro, es decir elaborar hipótesis sobre la posible evolución de esos hechos. Lógicamente eso conlleva grandes riesgos por la propia naturaleza de los acontecimientos analizados, sobre todo cuando nos referimos a las relaciones internacionales, la seguridad y la defensa.

El sociólogo Peter Berger definía las ideologías como: "Puntos de vista que sirven para buscar una explicación racional a los intereses creados de algún grupo....." (2). Los diferentes medios de comunicación siguen una determinada línea ideológica o de interés, y por tanto, como señala

(2) BERGER, PETER. *"Introducción a la sociología"*, 4ª ed.; Limusa, Madrid, 1976,57.

Berger, los puntos de vistas de los editorialistas y columnistas, como el resto de los periodistas, tienen que ser funcionales con los criterios de la empresa editora.

El periodista, en general, y el columnista en particular, no es por lo general un científico, aunque pueda tener esa formación, su labor no es elaborar teorías o buscar soluciones a problemas latentes. Más bien, tiene que tener capacidad de visión global de lo que está sucediendo en el área en la que trabaja. Por tanto, a lo largo de este trabajo no se puede esperar grandes aportaciones teóricas al campo objeto de este trabajo. Por el contrario, lo que se debe esperar es un análisis de los hechos que juzga en cada momento en el que se han producido y la capacidad para proyectarlos hacia el futuro y ponerlos en relación con otros.

El mapa descrito sirve para mostrar la enorme dificultad que significa ser columnista de un medio de prensa escrita y, todavía más, si eso supone mantener una columna semanal en uno de los periódicos cuyos contenidos tienen repercusiones significativas en la opinión pública española, cuando se trata de temas donde hasta ahora ha existido un gran vacío de información y análisis. Estos son méritos suficientes para que Andrés Ortega sea el autor español seleccionado para analizar su obra en relación con la seguridad y la defensa.

¿NUEVO ORDEN O DESORDEN?

La forma en la que la comunidad internacional busca su seguridad ha cambiado sustancialmente después de la Guerra Fría. Andrés Ortega la denomina seguridad posmoderna y, consecuentemente, la forma de conducir la guerra, cuando esta surge, es también posmoderna.

Los conceptos de defensa, contención o disuasión siguen siendo válidos, pero deben verse complementados por políticas positivas en los terrenos social, político, jurídicos y económico. En el mundo actual, y en particular en Europa, la seguridad no se puede definir ya sólo en términos de defensa, ni siquiera de guerra o de paz, aunque la dimensión militar siga siendo esencial (3).

A estas dimensiones agrega posteriormente la seguridad humana, que incluye los derechos humanos y la seguridad democrática, y la medioam-

(3) ORTEGA, ANDRÉS. "Horizontes Cercanos", Taurus, Madrid, 2000, 144.

biental. De esta forma participa plenamente de la tesis de Buzan y, en general, con la mayoría de la comunidad de expertos en el concepto de seguridad emergente en la posguerra fría.

Esa noción amplia de la seguridad le lleva, consecuentemente, a analizar qué elementos vertebran el mundo surgido después de la Guerra Fría y si esa nave, llamada sociedad internacional, sabe su destino y el rumbo que debe tomar. Está especialmente preocupado por conocer si, por debajo de ese desorden aparente en que se mueve la comunidad internacional, existen indicios racionales para pensar que el antiguo orden bipolar está siendo reemplazado por otro.

Lo que realmente subyace en su pensamiento es la disyuntiva tradicional anarquía/orden entre los teóricos de las relaciones internacionales. Por un lado, hay autores que opinan que la sociedad internacional es anárquica porque hay ausencia de una autoridad central, superior a la de los actores. Es por esto por lo que esta sociedad es, en términos políticos, no estructurada o no integrada. En otra línea, ciertos autores valoran el que se den determinados elementos de orden social, entre los que destacan el derecho internacional, la diplomacia y las organizaciones internacionales. Andrés Ortega se adscribe a una posición intermedia al considerar que actualmente el mundo, en términos generales, se mueve entre la anarquía y el orden.

Aunque piensa que nuestro mundo es cada vez más complejo y, por tanto, más difícil de gestionar, es mejor en términos absolutos que hace unas décadas. Lo que hoy caracteriza a las sociedades modernas y posmodernas es que los cambios son cada vez más numerosos y rápidos. Cuando todavía no se han asentados unos, hay que abrir las puertas a otros. Estamos siempre en una permanente transformación. La complejidad de nuestro mundo se ha convertido, para este politólogo, en la mayor vulnerabilidad.

Este cambio permanente ha provocado que la incertidumbre se instale permanentemente entre nosotros. Los cambios que experimentan las sociedades no son homogéneos ni avanzan fluidamente. Más bien se producen por un lado fallas entre la economía y la tecnología, principales motores de cambio, y la política por otro. El mayor problema que plantea Ortega es que ese continuo estado de semi-revolución no tiene rumbo, no sabemos hacia dónde vamos.

El fin de la Guerra Fría indicó claramente lo que había fracasado, pero no nos dijo a dónde iba el mundo, ni siquiera a dónde debería ir. El autor afirma que la desaparición del orden bipolar no ha traído aún ese augura-

do nuevo orden mundial, pero tampoco un nuevo gran desorden. Considera que todavía la comunidad internacional sigue viviendo un periodo de transición de un mundo a otro. Por eso, cuando surge algún acontecimiento mundial significativo, siempre se pregunta si estamos ante la presencia de un nuevo orden.

En el artículo publicado el 12 de junio de 1999, con motivo de la guerra de Kosovo, afirma:

El mundo no es el mismo después de la guerra de Kosovo. Casi todas las guerras acaban influyendo. Ésta, además, se ha producido en medio de una transición, la que empezó en 1989 con la caída del muro de Berlín, y que puede fácilmente durar otros diez o veinte años más, antes de producir un sistema más estable (4).

Con la llegada de Putin a la presidencia de Rusia, escribe una columna, titulada "La segunda década (5)", en la que señala que ha empezado la segunda década de las tres que han de ocupar la transición de un mundo a otro, en particular en Europa. La primera empezó en 1989 con la caída del muro de Berlín. Ésta fue una década de desintegración de un orden en muchos órdenes, desde el geopolítico al tecnológico. La segunda década ha de ser la de la construcción. Y, finalmente, la tercera, la del asentamiento.

En este "entresiglos" de treinta años son numerosos los elementos que se van ordenando, que van apuntando, más que a la aparición de un imposible, cuando no indeseable, Gobierno Mundial, a la necesidad de una capacidad de gobernar colectivamente al menos algunos asuntos que requieren una gestión global.

Después de los ataques terroristas en Estados Unidos del 11 de septiembre, vuelve otra vez a plantearse qué orden se está instaurando en el mundo. En el artículo: "Miedo a un mundo peor", señala que los terroristas han conseguido que la incertidumbre se haya transformado en miedo. Y se pregunta:

¿Se ha abierto una nueva era? La tentación de afirmarlo es fácil. Soy de los que vienen considerando que estamos en una transición que empezó con la caída del muro de Berlín en 1989, y que aún no ha llegado a la mitad. Esta nueva versión de pax americana no tiene grandes posibilidades de funcionar en un mundo desbocado, que requie-

(4) ORTEGA, ANDRÉS. "El mundo después de Kosovo", artículo, El país, 12/06/99.

(5) "La segunda década", columna, El país, 03/01/00.

re de más política y más justicia.Pero es de temer que queden otros años, bastantes más, de desorden. (6).

En un segundo artículo: "*Retorno al unilateralismo*" (7), una vez finalizado el ataque de los Estados Unidos a Afganistán, Andrés Ortega comenta uno de los aspectos que está presente a lo largo de todo su pensamiento: el papel del coloso americano en el tablero mundial. La tesis que sostiene es que Estados Unidos avanza hacia un unilateralismo, que ha sido más evidente desde la llegada de Bush a la presidencia de ese Estado. Aunque desde su punto de vista, a partir del final de la Guerra Fría, la comunidad internacional ha profundizado en el multilateralismo, como respuesta a los diferentes desafíos a los que tiene que hacer frente, éste ha sido asimétrico por el mayor peso de la única potencia superviviente después del colapso comunista. La salida de Estados Unidos del sistema lo transformaría radicalmente y, en consecuencia, tendría un efecto inmediato a la hora de vertebrar la estructura mundial. Este temor está confirmado, según el autor, por la manera que EEUU ha llevado esa guerra: prácticamente solo (volveremos sobre este asunto más adelante).

GLOBALIZACIÓN Y SEGURIDAD

La "globalización" es una de esas palabras que se ha puesto de moda, no sólo en el campo económico y financiero sino también en el político, social, cultural y en el de la seguridad. Sin embargo, no siempre este concepto es bien definido o bien comprendido. Aunque casi todo el mundo se refiere a él, su significado es diferente dependiendo quién lo utilice. Para un economista, la globalización se refiere principalmente a una mayor integración financiera y económica. Para un politólogo es entendida como una interdependencia creciente. Finalmente, para un sociólogo, este término significa que el mundo avanza hacia una aldea global.

Andrés Ortega estima que la globalización, tal como está floreciendo, contribuye a desestructurar la sociedad internacional. Ahora bien, la globalización no tiene los mismos efectos en todas las áreas y en todos los lugares del planeta. Para este autor la globalización tiene tres caras distintas, que discurren con diferentes velocidades, cuando no con rumbos contrapuestos: la económica-financiera, la política y la cultural.

(6) "*Miedo a un mundo peor*", columna, El país, 17/09/01.

(7) ORTEGA, ANDRÉS. "*Retorno al unilateralismo*", columna, El país, 17/12/01.

La globalización se puede ver de dos formas: como un proceso en curso, inevitable, que avanza por sí mismo (o incluso como una situación singular resultado de la acumulación de procesos diversos); o como un proceso sobre el que se puede actuar de dos maneras; impulsándolo o controlándolo. La pregunta que intenta responder el autor es: ¿quién está al volante de la globalización?

Después de analizar los diferentes actores que intervienen en la globalización, considera que los Estados han ido perdiendo capacidad para influir en este fenómeno, al menos desde el punto de vista económico-financiero. Los Estados han perdido poder de influencia y actualmente compiten con las grandes multinacionales. Hoy, 51 de los 100 mayores seres económicos del mundo no son Estados, sino empresas. Pero el autor considera que estas enormes empresas, excepto sus directivos, nadie las controla. En el ámbito mundial no existe ninguna autoridad que supervise la globalización y los Estados no son capaces de vigilar tampoco estas empresas, pues excede de su capacidad política. En definitiva, afirma Ortega que la globalización está descontrolada.

En términos amplios, el proceso está teniendo efectos positivos para la sociedad internacional, aunque, también es cierto, de forma excéntrica, según se trate de Estados desarrollados o en vías de desarrollo. Sin embargo, desde el punto de vista de la seguridad, objeto de este trabajo, también está teniendo consecuencias no deseadas, como es la emergencia de riesgos y amenazas denominadas globales.

Uno de los desafíos para la seguridad es la creciente dualización no sólo entre los países, sino dentro de las sociedades, en las que se está generando una nueva pobreza y una nueva riqueza. Estas desigualdades tan grandes inciden en el propio funcionamiento de las democracias, pues generan violaciones de las libertades políticas, indiferencia y una inseguridad que puede acabar rebotando contra los sistemas políticos. Además, las diferencias en niveles de vida generan olas de migración. La manera como se gestionen los flujos migratorios y sus consecuencias tendrá profundas implicaciones en todas las sociedades, precisa el autor.

Continúa afirmando que es urgente darle a la globalización económica-financiera una cara humana, sin embargo el problema es que es fácil enunciar pero difícil de indicar el camino y los medios para llegar a él. Iniciativas como la Tercera Vía que propugna, entre otros, Tony Blair es un intento de dar respuesta desde la izquierda a la globalización y sus efectos, de reconciliar mercado y justicia social en esta era. Sin embargo, para este polít-

logo, el tratamiento a aplicar propugnado por la Tercera Vía es insuficiente, pues es sólo un proyecto nacional para hacer frente a tal fenómeno.

Otro efecto no deseado de la globalización es el crimen organizado, que ha crecido rápidamente porque ha sabido aprovechar eficazmente las posibilidades que le han proporcionado, las de los mercados financieros mundiales y las de las nuevas tecnologías de comunicación. Las actividades ilícitas que aparecen ligadas al crimen organizado, abarcan desde el narcotráfico, la prostitución, el tráfico de órganos humanos, la venta de armas y material nuclear, las redes de inmigración ilegal o las guerrillas hasta los movimientos terroristas:

No cabe minimizarlo: el crimen organizado es la mayor amenaza hoy en día contra los sistemas democráticos, contra los sistemas políticos en general, desde luego aquellos que están en transición, pues lo corrompe y lo altera todo, incluida la vida internacional y transnacional.

Los hechos acontecidos el 11 de septiembre han sido posibles porque los terroristas han sabido aprovechar las oportunidades de la globalización, afirma Andrés Ortega. Su punto de vista es que la globalización ha estado demasiado tiempo fuera del control de la política y, señala, que es hora de poner fin a ese descontrol. Ese desorden es debido, según el autor, al desfase entre globalización y política. En efecto, mientras los problemas con que se enfrenta la sociedad son globales, la política es aún esencialmente local.

En la columna titulada "*Golpes a la globalización*" (08-10-01), con motivo del inicio del conflicto de Afganistán, afirma que la globalización ha entrado en una acentuada crisis debido a tres duros golpes en un corto periodo de tiempo: los atentados del 11 de septiembre y la consecuente guerra de Afganistán, la caída de la economía y las manifestaciones anti-globalización. Estos signos indican, según él, que se va a otro tipo de globalización, más limitada y más controlada.

Frente a estos conatos de anarquía internacional a la que está contribuyendo la globalización, no es menos cierto que los actores internacionales, fundamentalmente los Estados, intentan dar respuesta a los nuevos desafíos omnidireccionales.

La integración regional es otro aspecto de la globalización. Ortega apunta que la falta de unas instituciones globales ha hecho que aumente el multilateralismo en el ámbito regional. Considera que el creciente regio-

nalismo es un elemento de estabilidad y orden. Aunque la región más integrada es Europa Occidental, no es menos cierto que otras regiones han iniciado procesos similares. Este escenario permite discernir un mundo en el que los países, como tales, pierden importancia relativa en beneficio del grupo regional al que pertenecen y las negociaciones internacionales se producen crecientemente entre los bloques regionales.

En la regionalización, aunque el mayor peso lo tiene el área económica y comercial, los nuevos riesgos y amenazas globales a los que se enfrenta la comunidad internacional está originando una creciente tendencia al multilateralismo regional en el área de la seguridad y la defensa, si bien en este terreno faltan estructuras en casi todo el mundo, salvo en Europa.

La última cara de la globalización, la cultural, se puso de moda con el artículo de Samuel Huntington "*El choque de las civilizaciones*" y la posterior publicación del libro con el mismo título. Los últimos acontecimientos terroristas del 11 de septiembre han reavivado la polémica sostenida por este analista. Ortega, al igual que Huntington, opina que la globalización no está propiciando la convergencia hacia una aldea global sobre la base de una cultura universal —presumiblemente la occidental—. Por el contrario, impulsa el multiculturalismo. Continúa afirmando este columnista que no hay que confundir globalización con universalización y, mucho menos, modernización con occidentalización. Globalización y búsqueda de identidades son dos caras de una misma moneda. La apariencia de un mundo sin fronteras, la llegada de la modernización y la revolución tecnológica, en muchos casos produce angustias derivadas de la pérdida del sentido de pertenencia, lo cual, a su vez, lleva a resurgir los particularismos en forma de culturas, nacionalismos o fundamentalismos.

Aunque Samuel Huntington considera que la identidad cultural en la que se basan los procesos de comunicación y conflictos es la civilización, Ortega prefiere más bien hablar de culturas. Desde su punto de vista, la globalización está creando una cierta conciencia global, es decir, una clase transnacional conectada con muchos elementos comunes —niveles de ingreso, dominio del inglés, compras de bienes y servicios, etc.— y que se puede separar de sus culturas y referencias de origen. Pero esto no significa unificación cultural, sino justamente lo contrario, capacidad de culturas diferentes para asimilar nuevos productos y tecnologías, y, sin embargo, seguir siendo profundamente diferentes. Los medios de la globalización, especialmente las nuevas tecnologías, facilitan la reproducción de esas culturas.

Andrés Ortega, al contrario de Samuel Huntington, no cree que sea inevitable un choque de civilizaciones o culturas, aunque sí existirán fricciones entre ellas. Además, esas fricciones no hay que buscarlas entre poblaciones de territorios dispares, sino dentro de las propias sociedades occidentales. Avanzamos en los Estados occidentales hacia sociedades multiculturales y, por tanto, gran parte de la estabilidad de ellas radicará en la capacidad para saber gestionar ese multiculturalismo, de lo contrario estaremos avocados a que el mundo se transforme en una enorme Yugoslavia. Para este autor, lo más probable es que broten inseguridades dentro de los Estados por razones multiculturales, antes que entre las diferentes civilizaciones, especialmente entre la Occidental y la Islámica.

La gestión de identidades culturales diversas, advierte el autor, será todavía más importante en Europa en el futuro. De cómo se aborde este reto del multiculturalismo, fruto de la presión creciente de la inmigración, puede depender la propia esencia de la Unión Europea.

Finalmente, otro elemento de inestabilidad, aunque no es nuevo sí ha vuelto a resurgir con fuerza en plena globalización, es el nacionalismo. Después del colapso del comunismo han brotado multitud de nacionalismos exacerbados, especialmente en Europa, que han sido motivo de conflictos cuando no de guerras abiertas y, por tanto, constituyen una de las principales amenazas a la paz y la estabilidad en el corazón del continente europeo.

Los nacionalismos son siempre fuerzas centrifugas porque buscan el predominio de lo particular sobre el interés general. Además, el nacionalismo conduce directamente al denominado derecho de autodeterminación. Ortega indica que la solución a este tipo de conflictos nacionalistas no puede consistir simplemente en crear o borrar fronteras, menos aún cuando se hace por la fuerza, sino en relativizarlas mediante la integración en unidades superiores distintas del Estado, pero que no eliminan el Estado. El modelo a seguir es la Unión Europea, según el autor, ya que de la supranacionalidad ha sido uno de los principales instrumentos que han servido para crear paz y seguridad dentro de los límites de esta organización política.

EL NUEVO INTERVENCIONISMO

En estos momentos parece haber dos escuelas: la de los "westfalianos", que tienden a preservar el modelo del respeto al Estado, y la de los

“internacionalistas”, que abogan por la injerencia en los asuntos internos y la intervención, naturalmente con límites. Andrés Ortega se encuentra entre estos últimos, pero con numerosas dudas y críticas a la manera en la que se está llevando a cabo.

El Tratado de Westfalia consagró un nuevo tipo de orden que servía para regular los conflictos entre Estados, y para impedir que unos originaran conflictos en el interior de otros. Este orden, aunque con ciertas matizaciones, se mantuvo con la aprobación de la Carta de San Francisco. Sin embargo las tensiones y crisis surgidas durante el periodo de la posguerra fría son mayoritariamente de origen intraestatal en lugar de interestatal, debido principalmente a la violación de los derechos humanos. Por eso la preocupación por las tensiones en el seno de los Estados es hoy tan grande o más y tienen repercusiones supranacionales, si no globales, al menos regionales. Ortega considera que los focos de crisis son debidos por un lado, al fracaso del Estado como forma política en algunas partes del mundo, y por otro, al hecho de que en este mundo globalizado los asuntos internos de un país pueden afectar a muchos otros países y sociedades. Los asuntos y conflictos internos tienen ahora una influencia sobre la seguridad mayor que en el pasado.

El primer problema que se plantea es la dicotomía legalidad/legitimidad de la injerencia. El intervencionismo actual, en nombre de la moral y de los valores, es un paso positivo, según el autor, siempre y cuando reduzca los males existentes, no si los aumenta, aunque desde el punto de vista práctico plantea numerosos problemas. La cuestión de fondo para Andrés Ortega, es que se ha echado por la borda un sistema, antes de que otro lo haya reemplazado. El peligro latente de la posguerra fría no es que en nombre de una moral se acaba con una legalidad, sino que esto ocurra cuando aún no se ha construido otra nueva que la reemplace.

Este columnista considera que la injerencia actual carece de unas bases legales suficientes, como ha quedado de manifiesto en el caso de Kosovo. Aunque el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas puede autorizar el uso de la fuerza, el nuevo intervencionismo apunta a ser cada vez menos onusiano, entre otras cosas, porque en Estados Unidos existe una fuerte corriente contraria a esta organización, pues entiende que condiciona o incluso recorta su poder y su margen de maniobra. La intervención en asuntos internos de los Estados por razones morales, si no está respaldada por una legalidad, puede parecer fundamentada en los intereses nacionales de determinados países. Existe pues el temor, básicamen-

te por parte de los Estados que no pertenecen al mundo occidental, especialmente China, a utilizar selectivamente el derecho de injerencia para buscar un neoimperialismo, bajo el liderazgo de Estados Unidos.

Otra crítica de Ortega radica en el hecho de que en ocasiones las intervenciones producen efectos indeseados al provocar enormes desastres humanitarios. Demasiado a menudo, apunta el autor, estas intervenciones se hacen mal o llegan tarde, y en el camino, por falta de previsión o de prevención pese a sus mejores intenciones, generan sufrimiento entre aquellos a los que pretenden ayudar. Son los efectos no buscados, pero que ponen de relieve que este mundo está ganando en capacidad de intervención, pero carece aún de los instrumentos, institucionales y de otra índole, necesarios para resolver las situaciones antes de que se degraden; incluso para anticiparlas. Falta, desde su punto de vista, capacidad de prevención, de análisis y previsión y de control cuasi-policial de las situaciones antes de que se produzcan las atrocidades. Rectificar después suele resultar mucho más costoso y entre tanto se pierden vidas humanas y se genera un gran sufrimiento.

Para apoyar dicha argumentación, el autor dice que la intervención de la OTAN provocó, en un primer momento, la aceleración de la limpieza étnica, de la expulsión en masa de los albanokosovares en ese territorio, sin que se hubieran tomado medidas al respecto y, posteriormente, tras la guerra, la subsiguiente limpieza étnica en Kosovo en sentido contrario, esta vez de los albanokosovares, al expulsar o asesinar a los serbios.

El autor se pregunta por la eficacia y el límite de las intervenciones. El nuevo intervencionismo está llevando a situaciones que no se podrán multiplicar sin límite, pues donde ha tenido éxito la intervención de las fuerzas internacionales se han tenido que mantener durante mucho tiempo después para garantizar una paz arrancada a la fuerza. Una de las lecciones recientes es que, para imponer la paz, cuando faltan los medios internos de los grupos para defenderse y lograr el respeto de los derechos humanos, es necesaria la presencia continuada, incluso después del conflicto, de fuerzas multinacionales. Andrés Ortega no cree que la presencia indefinida sea la clave de una solución generalizable.

Las soluciones a los conflictos actuales de carácter étnico o religioso, y las consiguientes intervenciones extranjeras, están fomentando la causa de los independentismos. Sin embargo, está en contra de esta política porque estimula nuevos movimientos que buscan la independencia con una metodología similar a conflictos anteriores. Separar a los contendientes, para Ortega, puede llegar a ser una manera, si no de resolver un con-

flicto, sí al menos de mantenerlo a raya y encauzarlo por caminos más pacíficos, pero no proporciona una solución definitiva. La alternativa que propone es generar procesos que releguen la cuestión de las fronteras físicas a un lugar recóndito en las preocupaciones de las gentes, aunque sigan constituyendo referencias. El proceso de integración de los Estados de la Unión Europea es un ejemplo a seguir en otras áreas geopolíticas.

Es necesario repetirlo: ante conflictos étnicos o históricos con raíces irracionales, la salida estable a la larga no es empeñarse en la nacionalidad, sino fomentar la supranacionalidad (8).

La opinión pública es considerada como un actor relevante en el mundo que vivimos por tener capacidad para influir en las relaciones internacionales. En las sociedades avanzadas los medios de comunicación, algunos de ellos con alcance global, están teniendo un papel muy importante a la hora de configurar las opiniones públicas nacionales con el fin de que sus Estados intervengan en conflictos internos de otros Estados por razones humanitarias, lo que ha venido a denominarse el "efecto CNN".

Con este efecto, los medios de comunicación mediatizan la decisión de intervenir en esos conflictos a través de uso de la fuerza, lo que pone de relieve una debilidad de la política, una atención excesiva de los políticos a los medios de comunicación. Por otro lado, esos mismos medios ejercen presión para que esas intervenciones sean rápidas y cortas. Esta situación mediática no favorece las guerras de desgaste o largas, pues, cuando los conflictos se extienden en el tiempo, enseguida se generan análisis periodísticos negativos sobre la mala planificación o gestión del conflicto. Las guerras de Kosovo y Afganistán son ejemplos que sirven para apoyar la argumentación del autor.

Si las intervenciones se originan por una presión mediática, en nombre de la opinión pública, también es cierto, señala Ortega, que una vez evaporada buena parte de la atención mediática, parece desaparecer la presión política en ese conflicto. Luego, el conflicto puede ser sólo importante siempre y cuando esté presente en la memoria de los medios de comunicación. Una vez que deja de ser actualidad puede caer en el olvido de quienes actuaron como reacción de esos mismos medios.

(8) *"Después de la intervención: responsabilidad de la comunidad internacional"*, conferencia, julio-2000.

Aunque los medios de comunicación empujan a los gobiernos a actuar, también es cierta la situación inversa. Con frecuencia, a los medios de comunicación se les intenta manipular por parte de los gobiernos para así crear el ambiente de intervención por razones humanitarias, aunque por detrás subyacen los intereses nacionales. Este columnista piensa que es algo relativamente fácil conseguir y señala, pensando en Estados Unidos:

En la actual situación, el efecto CNN puede acabar invirtiéndose en ocasiones para convertirse en instrumento CNN (9).

Otro condicionante que caracteriza el nuevo intervencionismo es que la participación armada tenga coste "cero bajas". Para él, la gran contradicción respecto al pasado, al menos en el mundo occidental, es que se quiere mandar, o intervenir, sin correr excesivos riesgos.

Esta nueva idea de la guerra, basada en la confianza de la superioridad tecnológica y la reducción al mínimo de las bajas propias e incluso ajenas, la hace aceptable a las opiniones públicas occidentales. Es lo que el autor denomina: la violencia de precisión. Además, esta concepción es alimentada por el efecto CNN, que contribuye a difundir la posibilidad de ganar la paz mediante guerras de duración cortas y ataques a objetivos muy selectivos. Sin embargo, el autor piensa que este tipo de violencia de precisión tiene importantes límites y, por tanto, no es practicable en todas las circunstancias. La primera limitación de utilizar esta estrategia es que se pueden conseguir objetivos limitados pero no resuelven los problemas a fondo, es por eso que muchas de estas guerras son inacabadas, es decir, situaciones no resueltas a pesar de la acción militar.

Nos enfrentamos en los conflictos previsibles a dos formas de entender o hacer la guerra. Los que están dispuestos a matar sin morir frente a los que están dispuestos a morir matando. Ortega considera, que si estos últimos tienen una voluntad suficientemente fuerte, tienen muchas posibilidades de ganar, o al menos de no perder, a pesar que la guerra de precisión ha triunfado en Kosovo y Afganistán, aunque sea parcialmente. El autor pone como ejemplos contrarios los terroristas suicidas de Hamas o Herzbolá en Oriente Medio y los guerrilleros que luchan contra Rusia en Chechenia.

Ortega considera que faltan medios para gestionar los momentos inmediatamente posteriores a la paz. En Bosnia, en Albania, en Kosovo y en otros

(9) ORTEGA, ANDRÉS. "Horizontes Cercanos", Taurus, Madrid, 2000, 135.

lugares del mundo ha surgido la necesidad de llenar ese hueco que se encuentra a medio camino entre las misiones militares y las policiales. Las operaciones internacionales de paz tienen a menudo más contenido policial que militar, especialmente una vez que se ha superado el estadio de la guerra, cuando se produce el tránsito hacia la estabilización o reconstrucción de la paz. Para el autor, falta una especie de Guardia Civil internacional, para atender a estas situaciones o lo que propone el Parlamento Europeo: un Cuerpo Civil de Pacificación. La creación de un cuerpo de 5.000 policías para estos fines en la Unión Europea apunta en esta dirección.

¿ESTADOS UNIDOS, POTENCIA INDISPENSABLE?

No cabe duda que después del final de la Guerra Fría, Estados Unidos se ha quedado como única superpotencia. En este mundo globalizado, lo que hace o deja hacer este Estado, representado por su Gobierno, puede proyectar sobre el mundo su propia fortaleza o su propia inestabilidad. Es por eso por lo que cualquier movimiento que hace se estudia y analiza minuciosamente. La situación no deja a nadie indiferente, posicionándose cada uno bien a favor o bien en contra. Andrés Ortega ha dedicado muchos de sus artículos, columnas y conferencias a analizar la incidencia de EEUU en las relaciones internacionales y, especialmente, en el campo de la seguridad y la defensa. De todo lo publicado hasta ahora se desprende una desconfianza hacia la política exterior de Estados Unidos e incluso a su propia política interior.

La crítica a la posición estadounidense se ha acrecentado con la llegada de los republicanos al poder. En las opiniones expresadas a través de sus columnas, se aprecia un antes y después del 11 de septiembre. Esa línea divisoria no significa que la política exterior americana haya cambiado radicalmente o que el propio autor haya variado su punto de vista respecto a las políticas y acciones de ese país. Más bien es un examen, consistente en revisar si la posición de los EEUU en diferentes campos, tales como defensa, política exterior, seguridad, etc., ha variado sustancialmente después de los hechos acontecidos en Nueva York y Washington.

Estados Unidos, como superpotencia, intenta adaptar el mundo a sus propios intereses, afirma este politólogo, pero esto no significa que el mundo sea unipolar, porque otras potencias y actores internacionales no permiten un sistema unipolar. Sin embargo, es un actor imprescindible en muchos aspectos, pero fundamentalmente en el campo de la seguridad y

la defensa. Aunque económica y financieramente existen otros entes que pueden competir con este país, especialmente la UE, militarmente es el único que ha desarrollado una capacidad de intervención global.

Estados Unidos quiere dirigir el mundo y para ello tiene que intervenir directamente gestionando crisis. Sin embargo, esa posición de única superpotencia, la deja en una situación indeseada, pues es el único que tiene la capacidad diplomática y militar para gestionar esas crisis siendo su papel no siempre bien entendido por la propia sociedad americana, que cada vez se muestra más aislacionista.

Andrés Ortega considera que en el escenario de la posguerra fría, EEUU se siente incómodo y su conducta muestra ciertas contradicciones. La primera es que su política exterior no sabe a dónde va, carece de proyecto. No quiere ser el policía mundial, pero tampoco quiere dejar de serlo. Ni la opinión pública ni los políticos quieren pagar el riesgo que supone la hegemonía de su país. El autor va todavía más allá y afirma que la política exterior no es un reflejo de los intereses nacionales. La política exterior de Estados Unidos parece una suma de posiciones exteriores que nacen de intereses muy particulares, dada la influencia en su política exterior del creciente multiculturalismo de la sociedad estadounidense.

Esta desorientación hacia el exterior, también se debe a la desaparición de un enemigo nitido después del fin del comunismo. Estados Unidos siempre se ha organizado mejor cuando ha tenido un adversario. Todo apunta a que China emerge, al menos hasta el 11 de septiembre, como ese adversario que los americanos precisan para aunar sus fuerzas. Después de esta fecha, el terrorismo es el enemigo a batir en todos los frentes y también el elemento orientador de la política exterior y de seguridad.

El país siempre ha aspirado, y para ello ha puesto en práctica diversas políticas, a tener un grado de seguridad total. Sin embargo, la seguridad total es una quimera y, además, en un mundo global con riesgos transnacionales, ningún Estado es capaz de bastarse así mismo. Ante esta realidad, la forma de afrontar los desafíos de la seguridad ha sido a través del multilateralismo, de ahí el éxito de las organizaciones de seguridad y defensa en el área euro-atlántica. El temor para el autor es que debido a la diferencia de poderío militar entre Estados Unidos y el resto del mundo, tenga la tentación de abandonar la senda de la seguridad compartida y avance por el camino del unilateralismo.

Los últimos conflictos, desde la guerra del Golfo hasta Afganistán, han mostrado que es el único país que tiene capacidad suficiente de transporte aéreo para desplegar fuerzas y dispone de unos sistemas de mando, control e inteligencia adecuados como para actuar prácticamente en cualquier lugar del mundo. Si nos ceñimos estrictamente a los aspectos militares, EEUU no necesitaría a sus aliados para intervenir. También se observa que la brecha tecnológica, en el campo militar, se está ampliando, corriendo el peligro de que sus medios sean incompatibles con los de los europeos, lo que podría conducir a un desenganche, es decir, incapacidad para operar en coalición con otras fuerzas militares.

Con la llegada a la Administración Bush, escribe Ortega bajo el título: "Bush deja atrás la posguerra fría", el 18 de febrero del año 2001, que EEUU tiene como estrategia mantenerse lo más posible en una posición hegemónica preservando su hegemonía militar. En esta perspectiva se puede encuadrar la decisión de poner en marcha el proyecto del escudo antimisiles, o dotar a sus Fuerzas Armadas de un arsenal de alta tecnología.

El escudo de defensa limitada contra misiles balísticos, es para Ortega difícil de saber que consecuencias tendría, pero este proyecto esconde varios procesos: la búsqueda de una doctrina estratégica adaptada a los tiempos actuales, un impulso industrial y el más que probable traslado de la carrera de armamentos al espacio.

Por un lado, Bush busca una redefinición de la doctrina de la disuasión nuclear adaptada al mundo actual. Los acuerdos de la Guerra Fría, los START, que redujeron las armas ofensivas, y el ABM que limita los sistemas defensivos, tenían una lógica interna: la destrucción mutua asegurada entre Estados Unidos y la URSS. La situación actual no sólo significa que EEUU y Rusia ya no son enemigos, sino que ya no son iguales. Washington busca ahora una doctrina y una estructura de seguridad que repose sobre su hegemonía como única hiperpotencia, que la propia Administración llamó "estrategia de seguridad total". Este columnista señala respecto a este tipo de seguridad:

La seguridad total es un sueño, pero Bush sabe que es popular en EEUU, un país que quiere ser el primero, y el único (10).

El escudo antimisiles es también una forma de subvencionar la industria aeroespacial estadounidense, que hace frente a una creciente compe-

(10) Columna: "Lo que tapa el escudo", El país, 24-06-01.

tencia europea, rusa, japonesa y china. El autor considera que el peligro de EEUU no está tanto en el horizonte como en el espacio, pues es ahí donde reside el mayor peligro para EEUU, más dependiente que nunca de los satélites y, por tanto, más vulnerable.

Concluye esta parte de su análisis pensando que aunque Estados Unidos tiene muchos atributos del poder, está perdiendo influencia en la comunidad internacional porque está disminuyendo su crédito y confianza. Esta situación se debe al doble estándar que está siguiendo, que el autor denomina: "potencia exenta", es decir, intentar jugar diferentes reglas en la sociedad internacional, unas exclusivas para los propios americanos y otras para el resto de la comunidad.

Cuando la sociedad internacional busca medidas transnacionales que den respuestas a los desafíos emergentes, Estados Unidos pretende tener las manos libres, escapando de la naciente jurisdicción universal, sobre todo la que pueda afectar a sus acciones militares. En este sentido, señala el autor, que la gran paradoja de Estados Unidos es que es el único país occidental que no ha participado activamente en la elaboración, y posterior desarrollo, del Estatuto del nuevo Tribunal Penal Internacional que se firmó en Roma en julio de 1998 y que ha entrado en vigor recientemente, pese a que ha venido defendiendo desde hace años la necesidad de una institución de este tipo.

Estados Unidos se ha quedado también fuera de los principales acuerdos internacionales sobre el derecho de la guerra: el Protocolo Adicional I de 1977 sobre conflictos armados internacionales que complementa a las Convenciones de Ginebra de 1945, el convenio de 1985 de prohibición de las armas de láser cegadoras o el tratado de 1997 sobre la prohibición de minas antipersonas, o la negativa del Senado en 1999 a ratificar el Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares de 1966. El autor termina afirmando:

Todas estas exenciones no quitan para que en la práctica Estados Unidos se tome estos tratados más seriamente que otros países que han firmado o ratificado estos acuerdos internacionales, pero que no los cumplen. Mas lo que late tras estas posiciones es una clara resistencia, cuando no negativa, de Estados Unidos a compartir soberanía con otros países o transferirla a otros organismos internacionales.... (11).

(11) ORTEGA, ANDRÉS. "Horizontes Cercanos", Taurus, Madrid, 2000, 39.

Después del 11 de septiembre, Andrés Ortega opina que EEUU ha reexaminado su política militar porque el énfasis en la lucha antiterrorista se había centrado en ataques de otro tipo, ya sean digitales o bacteriológicos, o menos sofisticados. Lo que no esperaban era un ataque como el ocurrido. Un ataque en el que no se ha usado ninguna tipo de tecnología punta.

El mayor trauma de esas acciones terrorista es que EEUU se ha sentido vulnerable y amenazado como nunca lo había sido antes, desde la crisis de los misiles de Cuba en 1961. Estado Unidos se sentía, según Ortega, una isla geopolítica y, de repente, ya no lo es, lo que cambia su concepción sobre la seguridad. Los efectos de esta tremenda sensación de inseguridad ciudadana, ante una amenaza difusa, en la política exterior y de seguridad tendrán, desde el punto de vista del autor, profundas consecuencias, aunque es difícil augurar en qué sentido. En definitiva, el sueño de la seguridad total se ha desvanecido a partir de entonces.

Las medidas llevadas a cabo por la Administración norteamericana desde el 11 de septiembre hasta el fin de la guerra de Afganistán, han reforzado, el unilateralismo de EEUU. La mayor prueba de ello es la manera en que este país ha llevado la guerra, prácticamente solo. En este sentido añade el autor:

Esta Administración va hacia lo que el diplomático canadiense David Malone llama el "unilateralismo inteligente", acompañado de toda una panoplia de relaciones bilaterales con países o con organizaciones como la UE. Este unilateralismo puede aumentar las diferencias entre EEUU, que sabe lo que quiere, y una Europa que aún se busca, como se ha visto en Laeken (12).

LA UNIÓN EUROPEA COMO INSTITUCIÓN DE SEGURIDAD

Posiblemente Andrés Ortega es uno de los comunicadores que más ha estudiado los fundamentos de la Unión Europea. A través de sus columnas ha intentado difundir la razón de esta institución desde sus inicios, por encima de las circunstancias de cada momento. El objetivo central de la construcción europea es para él, la búsqueda de paz y seguridad entre los que la integran y frente al exterior. La Unión Europea, para Ortega, no puede ser una isla de paz y prosperidad rodeada de inestabilidad y pobre-

(12) Columna: "Retorno al unilateralismo", El país, 17-10-01.

za, por eso la razón europea está también en la de generar estabilidad y un marco de convivencia con su vecindad. En este sentido la UE es una institución de seguridad.

No cabe duda que este objetivo se ha cumplido. Desde el Imperio romano hasta Hitler, pasando por Napoleón, la unidad europea se había intentado por medio de la conquista o del dominio, pero nunca se había logrado por medios pacíficos. Gran parte de este éxito se ha conseguido a través, fundamentalmente, de seguridad blanda, es decir, por medio del progreso económico, de la solidaridad entre sus miembros y de la proyección de estabilidad basada en la cooperación económica y en la ampliación de la Unión hacia el exterior.

La Unión, para garantizar su autonomía, independencia y seguridad, debe ser una potencia, es decir, tener capacidad para conformar un orden mundial, al menos en su entorno, aunque sin aspiraciones hegemónicas. Para que surja como potencia, Ortega cree que la UE necesita ambición, estructuras políticas e institucionales e instrumentos acordes con su voluntad y con la situación de su entorno y del mundo en general.

Si se compara la UE con EEUU, se observa que ambos tienen un producto interior bruto similar. Un comercio exterior equivalente o superior. Pero la influencia de EE.UU es mucho mayor. Desde el punto de vista de Ortega, eso es porque tiene el dólar, porque tiene unas fuerzas armadas capaces; y porque tiene una política exterior. A la UE le faltan bastantes de estos atributos. Políticamente, falta una completa solidaridad europea. Militarmente, la Unión carece de una fuerza creíble para la intervención militar.

A pesar de que la UE ha creado las estructuras necesarias y que para el año 2003 dispondrá de una fuerza de intervención rápida para cumplir las misiones Petersberg, Andrés Ortega cree que eso no es suficiente porque falta la voluntad política para mover ese músculo. Se ha caído en el error de pensar que la creación de instituciones relacionadas con la Política Exterior y de Seguridad Común tirarían de la política. La realidad no apoya ese argumento. En este sentido señala:

Las iniciativas institucionales serias y necesarias se quedarán en poco si no las acompaña un desarrollo real de las capacidades y de la política que han de guiar su eventual uso. La creación de un comité militar en la UE,, van en la dirección correcta, pues la UE va a necesitar poder traducir las decisiones políticas en despliegues militares, cuando se requieran, con efectividad y celeridad. Pero son el softwa-

re de la operación. Falta el hardware, y sobre todo las instrucciones, la dirección política (13).

La PESC no tiene que ser, por ahora, para Ortega una política única, sino común, donde se superponga pero no eliminen las nacionales. Andrés Ortega toca un tema que se olvida casi siempre que se habla de defensa europea dentro de la Unión, la dimensión nuclear de la misma. El autor cree que la disuasión nuclear está basada ante todo en la credibilidad en la decisión de su eventual uso. Esta credibilidad, por ahora, sólo puede ser nacional, porque esta política es común. Sólo el día en que hubiera una Unión Política fuerte, podría traspasarse la decisión sobre las armas nucleares a la autoridad política europea.

Propone para disminuir la diferencia de capacidades militares entre EEUU y la UE, dos medidas. Primero gastar mejor. Los europeos gastan menos que los americanos pero la disponibilidad de medios militares es menor que la de sus socios, porque no son tan eficientes y porque las inversiones militares de los Estados miembros no se complementan. Segundo, elaborar un plan de convergencia, similar al método utilizado para la Unión Monetaria, con objetivos precisos en materia de gastos militares, dedicación a I+D, con efectivos reales disponibles, entre otros.

Para él otro aspecto fundamental en la visión de la seguridad europea son las relaciones de seguridad entre EEUU y la UE, a través del vínculo trasatlántico materializado por la OTAN. Hoy, para Ortega, ningún gobierno en Europa cuestiona la OTAN porque es el mejor seguro y elemento esencial para la estabilidad del continente. Pero es preciso que la UE disponga de autonomía para actuar al margen de los EEUU cuando sus intereses no sean coincidentes.

Andrés Ortega hace las siguientes constataciones sobre estas relaciones. Primero, USA y la Unión tienen visiones diferentes del mundo. El uno tiene una visión más global, derivada de su condición de única superpotencia, incluso hiperpotencia; la otra más regional y sin pretensiones de hegemonía.

Segunda, Europa sigue necesitando del poderío militar de EEUU. La intervención de Kosovo hubiera sido imposible sin la ayuda de los norteamericanos. Tercera, la UE y EEUU tienden a tener actitudes crecientemente divergentes en muchos asuntos internacionales que afectan a la guerra, a la paz y a su regulación por un nuevo derecho internacional.

(13) Conferencia, *“Las relaciones de seguridad entre EE.UU y la UE”*, Madrid, 2000.

Cuarta, en el desarrollo de la Identidad Europea de Seguridad y Defensa aparecen dos contradicciones básicas: por una parte, los europeos quieren más autonomía pero no quieren pagarla. Por otra, los americanos quieren esa autonomía europea para no tener que intervenir directamente y que, además, Europa les compre material militar. Sin embargo, por otro lado no desean que la emancipación vaya muy lejos. Quieren controlarla a través de la OTAN y, especialmente, reteniendo la esencial capacidad de planeamiento militar en el seno de la Alianza Atlántica.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Todo lector que habitualmente haya seguido la columna que escribe semanalmente Andrés Ortega, habrá adquirido una amplia visión sobre las relaciones internacionales, la seguridad y la defensa y disfrutará de argumentos suficientes para fundamentar sus juicios y opiniones. De esta forma, este autor español está contribuyendo a fomentar una cultura sobre estos temas en España. Los lectores de Andrés Ortega, de forma sintética, podrán esgrimir los siguientes argumentos sobre la seguridad y la defensa:

- En las sociedades avanzadas, los individuos tienen muchas más posibilidades vitales, pero controlan menos su entorno y necesidades que en las sociedades primitivas. La propia complejidad en la que viven esas comunidades se convierte en su mayor vulnerabilidad.
- La sociedad internacional siempre se ha movido entre el orden y el desorden. Después del final de la Guerra Fría y la emergencia de la globalización, se está creando el sentimiento de que la anarquía predomina sobre el orden. Todo apunta a que nos encontramos en una fase de transición de un orden a otro. Este periodo crea desfases entre lo político, lo económico, lo social y la seguridad.
- La globalización aunque ha sido positiva para el mundo en términos generales, también está facilitando la aparición nuevas amenazas que aprovechan las propias características de este fenómeno. Nuevas amenazas implican nuevas formas de seguridad. La seguridad no es ya un asunto puramente militar, tiene nuevas dimensiones en un mundo en que se difumina la separación entre lo civil y lo militar.
- El concepto tradicional de seguridad nacional se ha quedado corto. Los ataques o peligros pueden provenir de muy lejos y bajo dife-

rentes manifestaciones. Basta un módem conectado a un teléfono y un ordenador personal para originar problemas. La seguridad total, a la luz de los acontecimientos de esta primera parte de siglo, no se puede conseguir por medio de un solo actor y para un solo país e incluso tampoco se garantiza a través de organizaciones multilaterales. No obstante, el multilateralismo siempre produce mayores beneficios, en términos de seguridad, que el unilateralismo.

- El mundo occidental vive en una contradicción: quiere mandar sin correr excesivos riesgos. Esta contradicción puede conducir a los occidentales a querer mandar menos o, más probablemente, a tener que arriesgar más. De momento lo que predomina en Occidente es una nueva idea de la guerra, una guerra limitada en medios y objetivos, basada en la confianza en su superioridad tecnológica, la de unas armas de precisión que llevan a una guerra cara, pero en la que la reducción mínimas de bajas, tanto propias como del adversario, es posible. Es lo que denomina: “la guerra posmoderna”.
- Este nuevo tipo de guerras posmodernas son guerras que se dirigen con el mando a distancia, pero tienen grandes limitaciones, son guerras inacabadas. Normalmente, a través de una estrategia aérea, como en Kosovo, se consiguen los objetivos limitados perseguidos, pero no solventan los problemas de fondo.
- Los conflictos por violación sistemática de los derechos humanos y el neonacionalismo dentro de los propios Estados son, al menos en Europa, las principales fuentes de inseguridad por encima de los conflictos interestatales. El intervencionismo es el instrumento de la sociedad internacional, o mejor aún, del mundo occidental. La injerencia tiene grandes limitaciones pero para que sea creíble se debe basar en la legalidad internacional y precisa de una conducción política decidida para no llegar a situaciones no resueltas. Las intervenciones en muchas ocasiones se deben más al efecto CNN que a consideraciones políticas.
- La cultura de la prevención, frente a la de la curación, no está suficientemente desarrollada. En la comunidad internacional, organizaciones como la OTAN, la UE o la OSCE, carecen de medios suficientes de prevención que eviten intervenciones mayores.
- En gran parte de Europa occidental se está perdiendo la conciencia de la defensa nacional, pues no se ve ya la guerra desde la